**LAS PARÁBOLAS DE LA MISERICORDIA**

**(Instrumento provincial para los Predicadores del Jubileo y para el utilizar durante el Año)**

**PRESENTACIÓN:**

Ante la convocación del Papa Francisco para un Año Jubilar con el tema de la Misericordia y a solicitud de los señores Obispos de la Provincia Eclesiástica de Yucatán, el Equipo Provincial de Vicarios de Pastoral elaboró una propuesta de acciones para aprovechar este acontecimiento de Gracia en nuestras Diócesis.

Entre estas acciones se propuso la elaboración de un instrumento de contenidos temáticos que sirviera de base para dichas acciones. Se acordó también, que se centrara en las así llamadas “Parábolas de la Misericordia” del capítulo 15 del Evangelio de san Lucas.

Presentamos este instrumento, esperando que cumpla las expectativas y los propósitos para los que se diseñó, inspirando a los agentes de pastoral, a poner el énfasis en la misericordia de Dios como rasgo fundamental de la persona Divina y en la misericordia hacia el prójimo, como respuesta al mandato de Jesús: *“Sed misericordiosos, como su Padre es misericordioso”.*

**LAS PARÁBOLAS DE LA MISERICORDIA**

Aunque la Misericordia de Dios por los hombres está presente en todo su Evangelio que nos presenta a Jesús (discursos, parábolas y en especial sus actitudes) san Lucas dedica todo un capítulo –el 15- para presentar la Misericordia de Dios revelada en Jesús. En dicho capítulo, san Lucas nos presenta tres parábolas:

* La oveja perdida
* La dracma perdida
* El hijo pródigo

Estas tres parábolas han merecido capítulo aparte en muchos tratados y libros para explicarlas exclusivamente. Tanta atención no se origina solamente en su belleza u originalidad sino en que es el tema lo que subyuga y atrapa al lector y al oyente.

Una humanidad acostumbrada a ver sus propios atributos reflejados en los dioses que se construye, se sorprende al escuchar a Jesús que no habla nunca de un Dios indiferente o lejano, olvidado de sus criaturas o interesado por su honor, su gloria o sus derechos. En el centro de su experiencia religiosa no nos encontramos con un Dios «legislador» intentando gobernar el mundo por medio de leyes ni con un Dios «justiciero», irritado o airado ante el pecado de sus hijos.

Tal vez sea por eso que estas parábolas son tan atractivas y novedosas, tal vez por eso la humanidad regresa una y otra vez a ellas, porque se sorprende positivamente al ver rasgos distintos, rasgos verdaderamente divinos en el Dios cristiano: rasgos como la Misericordia.

Los primeros dos versículos del capítulo 15 presentan dos realidades de aquel momento, que son la causa de que Jesús cuente estas parábolas.

* ***Lc 15, 1 “Todos los publicanos y pecadores se acercaban a Jesús para escucharlo”.***

Jesús ya lleva un buen tramo de ministerio profético. Por donde pasa, va dejando esta Buena Nueva de un Reino de Dios incluyente, que convoca a todos. Pero han sido sobre todo sus actitudes de acogida a los pobres, enfermos, extranjeros, rechazados y pecadores; las que han cautivado a los excluidos.

Es entre esta sub clase socio-religiosa, que se siente y sabe al margen de las bendiciones religiosas, entre quienes ha corrido como reguero de pólvora la predicación de este profeta. Un mensaje muy distinto a la interpretación de la Ley y los profetas, enseñada por los maestros de la época y repetida por los devotos.

Es por esto que algunos de los excluidos lo seguían hasta el siguiente pueblo; y cuando se sabía que venía, lo esperaban y buscaban para verlo, escucharlo y tocarlo; formando –en ocasiones- multitudes que llamaban la atención de las autoridades religiosas de aquel tiempo.

* ***Lc 15, 2 Los fariseos y los escribas murmuraban, diciendo: «Este hombre recibe a los pecadores y come con ellos».***

No se trata de una simple celotipia por la popularidad del nuevo profeta entre “esa gente” la que preocupaba a los “piadosos” de Israel. De hecho, “esa gente” no les importaba. Lo que les incomodaba y mucho, es que en vez de rechazarlos y condenarlos, *¡los recibía y hasta comía con ellos!*

El asunto era explosivo. Sentarse a la mesa con alguien era y es un signo de confianza y amistad. No se come con cualquiera. Lo que hacía Jesús era impensable en alguien considerado por todos como un «hombre de Dios». ¿Cómo podía sentirse amigo de publicanos y prostitutas?

Jesús no excluía a nadie. No hacía falta ser santo ni puro, mujer honrada o prostituta. No era necesario lavarse las manos hasta los codos. Todos podían contar con su amistad. Hasta los pecadores que vivían lejos de Dios. Jesús no los excluía sino les ofrecía la amistad y el perdón de Dios antes de que cambiaran y se convirtieran. Nunca se había visto algo parecido.

Definitivamente se trataba de un loco o un subversivo que estaba confundiendo al pueblo, y que actuaba y hablaba en contra de lo establecido –según ellos, por el Dios de sus padres- y que después fuera hecho precepto por los legisladores. Dichos preceptos dejaban claro que la pobreza o la enfermedad de “esa gente” eran pruebas irrefutables de que Dios los maldecía y castigaba por sus pecados, por su falta de piedad e incumplimiento de las tradiciones judías.

**¿Por qué nuestra Iglesia de hoy no tiene ese imán para atraer a los alejados?**

**¿Qué actitudes y mensaje nos hacen falta?**

Y es que los cristianos de hoy, en mucho nos parecemos a los judíos devotos de aquel tiempo. Una vida llena de signos religiosos, de ritos, imágenes y devociones. Incluso conocemos el Evangelio, asistimos a Misa y algunos hasta comulgamos y nos confesamos.

Todo esto hace que nos sintamos de “los buenos” y quienes no lo hacen y nos critican, pues son “los malos”. Seguramente por eso Dios nos quiere a nosotros y a ellos no. Y es que nosotros nos esforzamos por cumplir los mandamientos, mientras que esos “le dan vuelo a la hilacha” viviendo en el ambiente banal y vicioso del mundo. Y por supuesto nunca van a la Iglesia.

Somos como aquellos fariseos y escribas que “murmuraban” de Jesús. Ya que conocemos y celebramos la Misericordia de Dios, cuando es para nosotros, pero no aceptamos que sea posible cuando es para ellos.

Jesús lo percibió enseguida. Esta visión religiosa no respondía a su experiencia de un Dios compasivo. Y con una lucidez y una audacia sorprendente introdujo en aquella sociedad una alternativa que lo transformaba todo: *«Sed misericordiosos, como vuestro Padre es misericordioso».*

Es la misericordia y no la santidad de Dios, el principio que ha de inspirar la conducta humana. Jesús no niega la santidad de Dios, pero lo que cualifica esa santidad no es la separación de lo impuro, el rechazo de lo no-santo. Dios es grande y santo, no porque rechaza y excluye a los paganos, pecadores e impuros, sino porque ama a todos sin excluir a nadie de su misericordia. Por eso, la misericordia no es, para Jesús, una virtud más sino **la única manera de ser como es Dios**. El único modo de mirar el mundo como lo mira Dios, la única manera de sentir a las personas como las siente Dios, la única forma de reaccionar ante el ser humano como reacciona Dios.

Con estas tres parábolas del capítulo 15, Jesús nos dice que **la Misericordia es para todos**, especialmente para los alejados. Este mensaje es la respuesta a nuestras “murmuraciones”, a nuestra idea de una justicia divina excluyente. Un rasgo muy humano, que no se parece al rostro de Dios, que Jesús nos mostró.

**LA PARÁBOLA DE LA OVEJA PERDIDA. Lc 15, 4-7**

*«Si alguien tiene cien ovejas y pierde una, ¿no deja acaso las noventa y nueve en el campo y va a buscar la que se había perdido, hasta encontrarla?*

*Y cuando la encuentra, la carga sobre sus hombros, lleno de alegría, y al llegar a su casa llama a sus amigos y vecinos, y les dice: "Alégrense conmigo, porque encontré la oveja que se me había perdido".*

*Les aseguro que, de la misma manera, habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta, que por noventa y nueve justos que no necesitan convertirse».*

El oficio del pastoreo era muy común en tiempos de Jesús, de manera que las diversas situaciones que lo rodean, resultaban comprensibles para los oyentes. Jesús no es el primero en contar historias pastoriles, muchos profetas y rabinos las habían utilizado antes.

Dos, son los elementos más importantes de la parábola:

* **La urgencia por recuperar la oveja perdida:**

Dejar a las 99 por ir a buscar a la perdida no es un asunto de predilección sino la convicción de no perder a ninguna. Es tan radical esta convicción, que deja en riesgo a las 99 allá en el campo y va por la que se perdió.

La audiencia de Jesús asentía. Efectivamente ningún pastor pensaría: “ni modo, todavía me quedan 99. No voy a arriesgar a todo el rebaño por esa que se atrasó. Que flojera, tener que ir a buscarla. Si se retrasó, seguramente sería la débil o enferma que no vale la pena”. Todo lo contrario, cualquier pastor haría lo que estaba diciendo Jesús.

Los fariseos y escribas que escuchaban, sabían que la parábola era respuesta a sus murmuraciones, sabían que no estaba hablando de ovejas ni pastores sino de la actitud de Dios con los pecadores. Es por eso que no salían de su asombro ¿acaso Dios descuida al devoto para ir por el pecador? *“Esta manera de hablar es intolerable”,* dirían en otra ocasión.

* **La alegría al encontrarla:**

Jesús no se limita a mencionar la alegría natural de encontrar lo que se perdió y encontró después de una búsqueda esforzada. Jesús describe a detalle el gozo del pastor que regresa del campo cargando en sus hombros la oveja perdida, como un trofeo.

Tal vez el detalle más significativo está en que no se guarda su alegría sino que llama a sus amigos y vecinos y les dice: *"Alégrense conmigo, porque encontré la oveja que se me había perdido".*

Este Dios que no rechaza al pecador sino que lo busca y celebra el recuperarlo, está invitando a todos a compartir su alegría; incluso a los fariseos y a los escribas.

Pero es la sentencia final de la Parábola, la que desconcierta más a los devotos de Israel: *“Les aseguro que, de la misma manera, habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta, que por noventa y nueve justos que no necesitan convertirse”.*

Esta afirmación echaba por tierra el sentido de la “predilección-exclusión” que habían desarrollado, a la par de una religión que giraba en torno al sentido de la pureza. Esta era una buena nueva para los pecadores y excluidos, pero los devotos reaccionaban como quienes han sido despojado de su más preciada posesión: el sentirse mejores que los demás.

**¿Cómo me siento cuando una persona de mala fama se acerca a la Iglesia?**

**¿Me incomoda?, ¿Me hago al escandalizado?, ¿La mal miro?, ¿Hago comentarios hirientes?**

**LA PARÁBOLA DE LA DRACMA PERDIDA. Lc 15, 8-10**

*Y les dijo también: «Si una mujer tiene diez dracmas y pierde una, ¿no enciende acaso la lámpara, barre la casa y busca con cuidado hasta encontrarla?*

*Y cuando la encuentra, llama a sus amigas y vecinas, y les dice: "Alégrense conmigo, porque encontré la dracma que se me había perdido".*

*Les aseguro que, de la misma manera, se alegran los ángeles de Dios por un solo pecador que se convierte».*

No es extraño que en el Evangelio se repita el mismo mensaje de dos formas distintas: “el grano de mostaza y la levadura”, “el tesoro escondido y la perla”, “el que va a construir una torre y el rey que se prepara para la batalla”, etc.

Se ha perdido una oveja, se ha perdido una moneda y en la siguiente parábola, se ha perdido un hijo.

En cada una de estas parábolas encontramos la constante de que lo perdido no sobra, no es prescindible sino la urgencia por recuperarlo. Es parte de su propiedad, no se da el lujo de decir: “total, tengo más, tengo otras; puedo prescindir de esa”.

Jesús nos revela el sentir del Padre Dios. Él nos hizo a todos, nos quiere a todos y no quiere perder a ninguno; aunque este se retrase, se pierda o no quiera estar con Él y lo abandone.

El Padre dejará a los que están seguros y moverá cielo, mar y tierra, y barrerá hasta el último rincón, y saldrá todas las tardes a esperar ansioso al que se ha ido. El Padre no reclamará o castigará. Se alegrará más por el que recuperó, que por los que tenía seguros.

Y hace fiesta, la fiesta del encuentro, de la recuperación de aquella parte de Sí que había perdido.

Y nos invita a todos a alegrarnos con Él, nos invita a ser misericordiosos como Él, a compartir la alegría de recuperar lo perdido. Hacernos misericordiosos es alegrarnos con Dios, como Dios.

Pero no nos confundamos, no es un Dios alcahuete o permisivo que finge no ver nuestros pecados. La moraleja de esta parábola dice: “*Les aseguro que, de la misma manera, se alegran los ángeles de Dios por un solo pecador que se convierte”.*

La conversión es un imperativo. Dios busca, pero espera; respeta la libertad que nos dio. Este elemento es importantísimo, porque aquí está nuestra mayor resistencia a compartir la alegría de Dios.

Mucha gente piensa: “¿cómo voy a ser misericordioso con el que me está ofendiendo, con el que me miente, que abusa de mí, con el que me rechaza y critica precisamente por ser religioso? Si no lo rechazo, lo estoy alentando para que siga pecando. Es mi rechazo la manera de urgirlo a cambiar”.

El que Dios busque insistente y amorosamente al pecador aun cuando sigue pecando, es su mejor estrategia para atraerlo, para invitarlo a la conversión, a cambiar de vida; a que deje de rechazar su amor y su ley, a dejar de pecar.

Mientras la estrategia de Dios es mostrarse misericordioso, la nuestra es señalarlos y rechazarlos. Se trata de estrategias opuestas. Aquí la pregunta para definir la correcta sería: ¿qué hemos conseguido con nuestro rechazo a esas personas que efectivamente están actuando mal?, ¿han cambiado?, ¿no será que nuestro rechazo es contraproducente y los desanima a cambiar?, “para ser como los que me rechazan, mejor me quedo como estoy”. Más aún, con un poco de soberbia –que siempre hay de sobra- podría ser motivo para empecinarse en su mal comportamiento.

Si con nuestro rechazo no hemos conseguido resultados, Dios nos ofrece una alternativa, nos enseña una estrategia que le ha funcionado muchísimas veces con tantísimos pecadores. Pero la prueba irrefutable de que funciona, es que esta estrategia le ha funcionado conmigo, que una y otra vez me alejo y una y otra vez me acerco atraído por su misericordia, e invariablemente celebra la fiesta del perdón cuando me convierto y me propongo no pecar.

Esta maravillosa experiencia vivida tantas veces, debería terminar de convencernos de cambiar nuestra actitud de rechazo al pecador, y ser un testimonio vivo que los anime a buscar y experimentar la misericordia de Dios. Que vean en nosotros a esos *“ángeles de Dios que se alegran por un solo pecador que se convierte”.*

**LA PARÁBOLA DEL HIJO PRODIGO. Lc 15, 11-32**

*Jesús dijo también: «Un hombre tenía dos hijos.*

*El menor de ellos dijo a su padre: "Padre, dame la parte de herencia que me corresponde". Y el padre les repartió sus bienes.*

*Pocos días después, el hijo menor recogió todo lo que tenía y se fue a un país lejano, donde malgastó sus bienes en una vida licenciosa. Ya había gastado todo, cuando sobrevino mucha miseria en aquel país, y comenzó a sufrir privaciones.*

*Entonces se puso al servicio de uno de los habitantes de esa región, que lo envió a su campo para cuidar cerdos. Él hubiera deseado calmar su hambre con las bellotas que comían los cerdos, pero nadie se las daba.*

*Entonces recapacitó y dijo: "¡Cuántos jornaleros de mi padre tienen pan en abundancia, y yo estoy aquí muriéndome de hambre!".*

*Ahora mismo iré a la casa de mi padre y le diré: "Padre, pequé contra el Cielo y contra ti; ya no merezco ser llamado hijo tuyo, trátame como a uno de tus jornaleros".*

*Entonces partió y volvió a la casa de su padre. Cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se conmovió profundamente, corrió a su encuentro, lo abrazó y lo besó.*

*El joven le dijo: "Padre, pequé contra el Cielo y contra ti; no merezco ser llamado hijo tuyo".*

*Pero el padre dijo a sus servidores: "Traigan enseguida la mejor ropa y vístanlo, pónganle un anillo en el dedo y sandalias en los pies. Traigan el ternero engordado y mátenlo. Comamos y festejemos, porque mi hijo estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y fue encontrado". Y comenzó la fiesta.*

*El hijo mayor estaba en el campo. Al volver, ya cerca de la casa, oyó la música y los coros que acompañaban la danza. Y llamando a uno de los sirvientes, le preguntó que significaba eso.*

*Él le respondió: "Tu hermano ha regresado, y tu padre hizo matar el ternero y engordado, porque lo ha recobrado sano y salvo".*

*Él se enojó y no quiso entrar. Su padre salió para rogarle que entrara, pero él le respondió: "Hace tantos años que te sirvo sin haber desobedecido jamás ni una sola de tus órdenes, y nunca me diste un cabrito para hacer una fiesta con mis amigos. ¡Y ahora que ese hijo tuyo ha vuelto, después de haber gastado tus bienes con mujeres, haces matar para él el ternero engordado!".*

*Pero el padre le dijo: "Hijo mío, tú estás siempre conmigo, y todo lo mío es tuyo. Es justo que haya fiesta y alegría, porque tu hermano estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y ha sido encontrado"».*

El hijo se marcha «a un país lejano». Los Padres de la Iglesia han visto aquí sobre todo el alejamiento interior del mundo del padre —del mundo de Dios—, la ruptura interna de la relación con Él, la magnitud de la separación de lo que es natural al hombre, lo que le es propio: la relación con Dios.

El hijo derrocha su herencia. Sólo quiere disfrutar. Quiere aprovechar la vida al máximo, tener lo que considera una «vida en plenitud». No desea someterse ya a ningún precepto, a ninguna autoridad: busca la libertad radical; quiere vivir sólo para sí mismo, sin ninguna exigencia o responsabilidad. Disfruta de la vida; se siente totalmente autónomo.

**¿Acaso no es este el espíritu de la rebelión post-moderna contra Dios y contra la Ley de Dios?**

**¿No describe el abandono de todo lo que hasta ahora era el fundamento básico, así como la búsqueda de una libertad sin límites?**

La palabra griega usada en la parábola para designar la herencia derrochada significa en el lenguaje de los filósofos griegos «sustancia», naturaleza. El hijo perdido desperdicia su «naturaleza», se desperdicia a sí mismo. Al final ha gastado todo. El que era totalmente libre ahora se convierte realmente en siervo, en un cuidador de cerdos que sería feliz si pudiera llenar su estómago con lo que ellos comían.

Es la imagen del hombre que entiende la libertad como el simple hacer lo que quiere e ir donde se le antoja. Es el hombre que vive en la mentira, pues por su propia naturaleza forma parte de una reciprocidad, su libertad es una libertad que debe compartir con los otros; su misma esencia lleva consigo disciplina y normas; identificarse íntimamente con ellas, eso sería libertad.

Así, una falsa autonomía conduce a la esclavitud: la historia, entretanto, nos lo ha demostrado de sobra. Para los judíos, el cerdo es un animal impuro; ser cuidador de cerdos es, por tanto, la expresión del máximo fracaso y el mayor empobrecimiento. El que era totalmente libre se convierte en un esclavo miserable.

Al llegar a este punto se produce la «vuelta atrás». El hijo pródigo se da cuenta de que está perdido. Comprende que en su casa era un hombre libre y que los esclavos de su padre son más libres que él, que había creído ser absolutamente libre. «Entonces recapacitó», este hombre se había alejado también de sí mismo, vivía alejado de la verdad de su existencia. Su retorno, su «conversión», consiste en que reconoce todo esto, que se ve a sí mismo alienado; se da cuenta de que se ha ido realmente «a un país lejano» y que ahora vuelve hacia sí mismo. Pero en sí mismo encuentra la indicación del camino hacia el padre, hacia la verdadera libertad de «hijo».

Las palabras que prepara para cuando llegue a casa nos permiten apreciar la dimensión de la peregrinación interior que ahora emprende. Son la expresión de una existencia en camino que ahora —a través de todos los desiertos— vuelve «a casa», a sí mismo y al padre. Camina hacia la verdad de su existencia y, por tanto, «a casa». Con esta interpretación «existencial» del regreso a casa, los Padres de la Iglesia nos explican al mismo tiempo lo que es la «conversión», el sufrimiento y la purificación interna que implica, y podemos decir tranquilamente que, con ello, han entendido correctamente la esencia de la parábola y nos ayudan a reconocer su actualidad.

No cabe duda que la más cautivadora de las tres parábolas es esta del Padre Misericordioso. Los que la escucharon por vez primera quedaron sin duda sorprendidos. No era esto lo que se les oía a los escribas o a los sacerdotes. ¿Será Dios así? Como un padre que no se guarda para sí su herencia, que no anda obsesionado por la moralidad de sus hijos, que espera siempre a los perdidos, que «estando todavía lejos» ve a su hijo, se le «conmueven las entrañas», pierde el control, echa a correr, le abraza y le besa efusivamente como una madre; que interrumpe su confesión para ahorrarle más humillaciones y le restaura como hijo: anillo, túnica y calzado.

¿Será ésta la mejor metáfora de Dios: un padre conmovido hasta sus entrañas, acogiendo a sus hijos perdidos y suplicando a los hermanos a acogerlos con el mismo cariño? ¿Será Dios un padre que busca conducir la historia de los hombres hasta una fiesta final donde se celebre la vida y la liberación de todo lo que esclaviza y degrada al ser humano?

Jesús habla de un banquete abundante, habla de música y de baile, de hijos perdidos que despiertan la compasión del padre, de hermanos invitados a acogerle, en vez de negarle el parentesco y la dignidad.

El mayor, que también había recibido lo suyo, no quiere entrar cuando se entera que hay banquete y fiesta en casa porque ha vuelto su hermano, el padre también sale a buscarlo, como al pequeño, ha salido a buscar a los dos, pero este sigue empeñado en no querer entrar.

Se siente como el que se lo merece todo y no como el perdido de su hermano, a quien no reconoce: *“ese hijo tuyo”.* El mayor no pronuncia la palabra hermano; hay percepciones de Dios que impiden pronunciar la palabra hermano porque Dios es propiedad privada y garante de los propios intereses. El padre ha dado herencia a los dos; ha salido a buscar a los dos, el “problema” no es del padre, no es de Dios, es del mayor que es incapaz de alegrase de la vuelta de su hermano y que se haga fiesta por él.

Razones hay para el rechazo, reales, justas; pero para el Padre la justicia es distinta: “*Es justo que haya fiesta y alegría, porque tu hermano estaba muerto y ha vuelto a la vida”,* nos invita a entrar a la fiesta de la misericordia y a compartir su alegría: *“Estaba perdido y lo he hallado”.*

**¿Será éste el secreto último de la vida?**

**¿Será esto el reino de Dios?**

El desconcierto tuvo que ser general. ¿Qué estaba sugiriendo Jesús? ¿Es que para Dios no cuentan los méritos? ¿Es que Dios no funciona con los criterios que nosotros manejamos? Esta manera de entender la bondad de Dios, ¿no rompe todos nuestros esquemas religiosos? ¿Qué dirían los maestros de la Ley y qué decimos los católicos de hoy? ¿Será verdad que, desde sus entrañas de misericordia, Dios, más que fijarse en nuestros méritos, está mirando cómo responder a nuestras necesidades? ¿Será tan bueno?

El Papa Francisco nos ha convocado a los católicos para celebrar en este Jubileo la misericordia de Dios, para profundizar en ella, para tratar de comprenderla más; pero sobre todo para experimentarla.

**¿Cuántas veces hemos escuchado la parábola del hijo prodigo, identificándonos con el hijo menor, cuando deberíamos de hacerlo con el mayor?**

**Más aún, ¿no deberíamos compararnos con el Padre misericordioso?**

Estaríamos enamorados de nuestro Dios, lo bendeciríamos en todo momento, hablaríamos con Él de todo y por todo, contaríamos con Él en todo lo que emprendiéramos, sería verdaderamente nuestro Dios.

Pero la intensión del Papa va más allá, como también va más allá la intensión de Dios al manifestarse misericordioso con nosotros; y es que el resultado natural de esta experiencia maravillosa, sería que nosotros nos volviéramos misericordiosos con los hermanos. Ya que no hay forma más concreta y natural de corresponderle a su misericordia, que ser misericordiosos con nuestros próximos.

Así lo manda Jesús: “Sed misericordiosos, como su Padre celestial es misericordioso” Lc. 6, 36. Que el Señor bendiga las acciones de este año Jubilar, para que nos ayuden a conseguir tan importante y esencial objetivo.

EQUIPO PROVINCIAL DE VICARIOS DE PASTORAL